

## **DOMINGO CUARTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (1º Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *El Señor mira el corazón.*

**Salmo** (22, 1-3a.3b-4.5.6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta».*

**2ª lectura** (Efesios 5, 8-14): *Cristo será tu luz.*

**Evangelio** (Juan 9, 1-41): *Sin embargo, me ha abierto los ojos.*

Si la semana pasada el simbolismo era el agua, esta semana el simbolismo es la luz. El pasaje del ciego al que Jesús hizo ver nos prepara ya de inmediato para la fiesta de la luz en la solemne Vigilia pascual. La luz de la fe ilumina toda nuestra vida, da mayor alcance a la luz de la razón y nos sitúa en nuevas perspectivas. Quien peca contra la luz corre el riesgo de permanecer ciego para siempre.

En tiempos de Jesús se creía que la enfermedad era consecuencia del pecado. Al ciego de nacimiento del que escuchamos su curación en el Evangelio, no le preguntan cómo vive, ni cómo ayudarlo, sino quién ha pecado, él o sus padres. Y llega Jesús y les dice que nada de eso, que en ese hombre ciego se va a manifestar las obras de Dios. Dios no se regocija en el dolor, sino que es la luz para que todos –que solemos andar como ciegos– andemos con sentido hacia la plenitud.

El sábado es el otro tema “*sagrado*” de los judíos. Nadie podía curar a los demás (fuera de Dios, pero claro, no veían en Jesús al Hijo de Dios) y mucho menos en ese día. **¡Lo importante era cumplir la ley!** Y llega Jesús y actúa poniendo al hombre enfermo en el centro, y dejando de lado las leyes injustas y los prejuicios. Y cura a aquel hombre porque es quien más lo necesita, porque es lo más sagrado para Dios.

Pablo nos llama hoy a vivir dejando de lado las cegueras que no nos dejan ver lo importante. Si éramos tinieblas, si vivíamos como ciegos, ahora somos luz, porque la hemos recibido de Dios en Jesús. Y por eso estamos llamados, con una llamada incesante, a caminar como hijos de la luz. Ojo, dice «*caminad*», es decir, con tesón y con esfuerzo, porque la vida se va haciendo a cada paso, no dejando que todo pase a nuestro lado, sino haciendo que todo nos ayude para mejor vivir.

En camino, de modo activo y comprometido. Viviendo como hijos de la Luz. No tomado parte de las obras estériles. Despiertos para que en nuestro modo de ser y de actuar “*se note*” que vivimos acogiendo lo que Jesús nos trae. Actuar y ser queriendo ser fieles a Jesús, y no solo a las normas sociales. Porque Dios no valora los “*méritos*” que creemos tener, ni la apariencia.

Lo que mira Dios es el corazón, como nos dice el libro de Samuel. Dios actúa para darle una tarea. Y van pasando los hijos de Jesé, hasta el más pequeño. El que no contaba, el hijo más pequeño es el elegido para rey. Lo que no cuenta para los demás es lo preferido por Dios. Las apariencias y los méritos, que tan importantes nos suelen parecer, no sirven para Dios. Actuar porque lo digan los demás, o la sociedad, no es el mejor criterio para nuestro comportamiento. Tener miedo, andar como ciegos, para no descubrir a Jesús no nos ayuda en nada.

Este ciego del evangelio es figura y símbolo de todos los que sufren sin que se vea por qué. La pregunta de los discípulos: «**¿Quién pecó para que este hombre naciera ciego?**», no es ajena a nuestras dudas y tiene traducciones en casos similares en preguntas como esta: **¿Por qué Dios permite..., por qué sufren los inocentes..., por qué sucede esto o aquello...?** La respuesta puede estar al alcance de la vista o puede quedar oculta para que se manifiesten las obras de Dios. No hay accidente, ni catástrofe natural, ni cáncer, ni caso de sida... en que no pueda manifestarse la gloria de Dios.

Cuando veo a un ciego que vende cupones en la esquina o que se orienta palpando con el bastón para cruzar la calle, pienso en la vista como don de Dios y en la verdadera naturaleza del ver y conocer. Mis ojos reciben información, la transmiten al cerebro y desde allí puedo yo ver y organizar los objetos. Pero mis ojos perciben sólo los colores, las formas y eso no basta para conocer bien.

**¿Cómo se podría con una mirada llegar al fondo de la persona y ver allí por qué ríe o llora, roba o miente, tortura o mata?** Lo más esencial queda oculto a los ojos. Sin reflexión racional vivimos como alocados, superficialmente, sin poder tener certeza de haber tocado el fondo de la realidad. El que nació ciego ¡no entiende! no acierta a poner cada cosa en su lugar. La razón viene en ayuda de la limitación de los sentidos y la fe viene en ayuda de la reflexión racional. La curación del ciego sólo termina cuando reconoce al Mesías y cae de rodillas ante él, mientras los otros permanecen en tinieblas porque se obstinan en rechazar las obras de la luz y permanecen en su pecado.

El hombre ciego necesita un poco de tiempo para darse cuenta de que es alguien distinto, un hombre nuevo, que puede distinguir y verse después a sí mismo, a los demás, a la vida. Y puede reconocer a Jesús, de quien se hace su seguidor: «**¡Creo, Señor!**». Creo en ti que me has curado, y quiero vivir de acuerdo con este Dios que me ha dado su amor. Y se postró ante Jesús, porque esa es la actitud de quienes se sienten tocados por Dios.